

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
 Suscripción: España, un trimestre. 2'00
 Extranjero 3'00

DEL MOMENTO

EL MUNDO EN CRISIS

No sabemos, al escribir estas líneas, cual será la solución dada a las diferentes y gravísimas crisis que simultáneamente se han planteado en toda Europa, y aun en algunas repúblicas latinas del Sud de América.

De suma importancia son para los espíritus estudiosos y analizadores, esas crisis que con carácter de políticas son, sin embargo, la demostración elocuentísima de que no es sólo la bancarrota de los partidos políticos y la de las diferentes formas de gobierno dominantes en cada país.

No, esas crisis abarcan más hondos problemas que simples cuestiones de partido, y arraigan en pos de ellas cosas más fundamentales que un ministerio.

Fijémonos sino en los países en guerra, donde, desde el principio de ella, se viene proclamando la *unión sagrada*, es decir, la conjunción y esfuerzo aunado de todas las fuerzas políticas, retrogradantes, conservadoras del privilegio de una burguesía usurpadora y de una estructura social que divide a los seres humanos en castas enemigas y antagónicas; pues bien, a pesar de esa *unión sagrada*, en la que integran, desde los socialistas de la extrema izquierda, a los católicos de la extrema derecha, las crisis ministeriales son cada vez más frecuentes e imposibles de resolver, porque los políticos no se atreven ya con las responsabilidades del poder, en vista de lo podrido que están los materiales de la sociedad burguesa, y el creciente despertar de los pueblos, oprimidos durante siglos bajo la esclavitud política y la explotación burguesa.

Cuando manchamos la albura de las cuartillas con estas líneas, apenas si hace algunos días que se ha resuelto la gravísima crisis de la doble monarquía austro-húngara, en la que tras varias semanas de laboriosas gestiones del propio emperador, se ha podido constituir nuevo ministerio; pero la crisis austriaca sigue en pie, amenazadora, trágica; pudiéramos decir ya que aquella nación está en completa bancarrota, en espantosa ruina económica, sin salvación posible dentro de la política, porque las siete décimas partes de su riqueza total, están comprendidas en la deuda de guerra. ¿Comprendéis, ahora, amigos, después de ese dato aterrador, por qué la crisis austriaca reviste caracteres de tragedia a pesar de que se haya podido formar nuevo ministerio?

Alemania siente iguales sacudidas que su aliada Austria Hungría, y los cancilleres son impotentes para resolver con *mano de hierro*, según es costumbre; y a pesar de la disciplina colectiva de aquel pueblo, el malestar cunde y llega a las mismas filas de la marina de guerra, que se declara en abierta rebelión. La ruina económica del imperio se traduce en los cambios de canciller, que no puede remediar el mal con medidas políticas, porque ésta ha llegado al fracaso más ruidoso y total.

Francia, recientemente ha podido reconstituir el ministerio en crisis, cuando todavía no había un mes que Poincaré se había encargado del Gobierno, y esa solución dada por el jefe del ministerio francés a la crisis, no lo es ni muchísimo menos, puesto que la ruina económica del país origina esa misma descomposición política, y es de suma gravedad que con su llamada *unión sagrada* no pase día sin que los políticos se acusen pública y escandalosamente de intrigas y chanchullos, con los consiguientes ruidosos *affaires*, con sus descubrimientos de armas, con todo eso, en fin, que es sistemático de la profunda descomposición de la sociedad política y burguesa.

Italia, atraviesa quizá por un período más grave todavía que las demás naciones, aunque producto de la misma causa generadora de ese malestar social que se nota en todas partes. Italia está completamente arruinada y el pueblo muriendo de hambre. Los partidos se han sucedido por las alturas del poder, sin que ninguno pudiera resolver la gravísima situación, porque ésta es imposible resolverla dejando subsistentes las causas originarias.

Portugal está en crisis ministerial también; y la mejor prueba de que estas crisis no son de partidos ni de programas solamente, sino la crisis absoluta de la sociedad burguesa, del régimen regido por el bárbaro derecho escrito, de la tiranía autoritaria y capitalista, es que la vecina República llama a formar ministerio al jefe del partido *evolucionista*, Antonio José d'Almeida, político residienciado, fracasado, desde que a raíz de la proclamación de la República desempeñó de forma tan abominable la cartera de Justicia.

En España, lo estamos presenciando. Hemos estado viendo durante más de una semana hallarse en conferencias y cabil-

deos los prohombres de los partidos políticos, sin poder llegar a ponerse de acuerdo, y cuando a ello llegaron logrando formar un ministerio heterogéneo, no por eso resolvieron la crisis, porque ésta no se resuelve con programas políticos, ni con Cortes constituyentes dentro de la monarquía, ni con la proclamación de la República. Es la crisis de un régimen social entero, de sus principios básicos que caen desmoronados, desechos por la propia injusticia y el crimen que llevan en su médula. Es el mundo tiránico y esclavista que se hunde, sin que puedan salvarle todos los desesperados esfuerzos de los sostenedores de la infamia.

Es el mundo en crisis, como altamente lo han proclamado los mismos oficiales del ejército ruso en una reunión celebrada recientemente en Petrogrado, donde aprobaron una proposición, cuya sustancia es: *inexistencia del ejército, inexistencia de la autoridad.*

Y esa proposición que en Petrogrado sólo se refería al pueblo ruso, podemos hacerla extensiva al mundo entero.

La universalización de las ideas de justicia social, se han abierto camino, y a su empuje demoleedor se hunde el mundo viejo, la sociedad vil que tiene por norma la ignominia del derecho criminal y absurdo.

Los locos, los visionarios, los utópicos que hemos defendido y propagado una sociedad basada en el amor, en la igualdad social y en el derecho humano, no tenemos más que poner ante los ojos de las multitudes esclavas, ese derrumbe del mundo burgués, ese caos de la sociedad capitalista y autoritaria, que se revuelca en confusión de instituciones y hombres que ruedan, sin que encuentren un punto firme donde apoyarse.

El mundo en crisis, es barrido por el soplo renovador de la revolución social que avanza.

La acción proclamada por los anarquistas, se impone ahora más que nunca

Se ha pretendido calumniarnos en todas las formas y desde todos los campos, a los que fundamentando nuestras razones en el análisis sereno y desapasionado de todos los factores que concurren a la formación orgánica de la sociedad, hemos proclamado en todo tiempo la imposibilidad de una inteligencia, ni aún momentánea siquiera, con elementos subordinados a cualquier programa político, aunque éste fuese a la base de una absoluta soberanía del pueblo, con el predominio consiguiente de la democracia política. Los mismos socialistas dogmáticos, empeñados en la simplificación de los fundamentos jurídicos de la sociedad contemporánea, y queriendo equivocadamente o subrepticamente demostrar la posibilidad de un cambio social a base de la transformación en los factores *riqueza y trabajo* con una centralización ascendente del individuo hacia el Estado y la correspondiente proporcionalidad en el reparto del procomún, según los grados de capacidad personal, midiendo ésta por el desarrollo intelectual de los individuos, hasta los mismos socialistas decimos, nos han combatido con armas poco nobles, conducidos más de una vez por los senderos de la calumnia, a conciencia de lo que hacían.

Su fracaso en la presente bancarrota de sistemas, programas y partidos, provocada por la terrible crisis del mundo en guerra, les ha demostrado cuanta razón tenemos los anarquistas, y aunque no han tenido aún el valor cívico de confesarlo, es indudable que ven en el nuevo horizonte que marca la gran tragedia, los principios básicos del comunismo anárquico, triunfantes por la misma fuerza de los hechos consumados.

Los propios sindicalistas revolucionarios, que son los que más puntos de convergencia táctica tienen con nosotros, llegaron a disentimientos de orden secundario, según ellos, de capital importancia según nosotros, puesto que opinábamos, y seguimos afirmando en nuestra opinión, que todo cuanto el sindicalismo ganase en masa numérica por irse acomodando insensiblemente al marco legal, o a los prefiros apriorísticos de un dogmatismo obrerista, a base de un programa de clase, lo perdía en intensidad y esencia revolucionaria, debilitando, hasta anularla, su vigorosidad subversiva antiestatal y antilegal, que era precisamente donde residía su fuerza transformadora, como acción práctica del proletariado militante contra la sociedad burguesa y autoritaria. No éramos antisindicalistas, y sin embargo tuvimos el sentimiento de vernos así considerados por los propios militantes del sindicalismo. La realidad nos ha venido a

dar la razón, ante la que habrán de inclinarse los que no bastaron a convencerlos nuestros razonamientos.

La visión idealística que tenemos de la actuación de las multitudes obreras, conjuntamente con los resultados casi negativos que aquéllas obtenían en sus luchas contra el capital, nos hacía a los anarquistas proclamar de continuo la acción activa y enérgica contra el principio de autoridad que sirve de sustentáculo al capitalismo, ya que por la gama de intereses y privilegios comunes a una y otra, la primera dimana del segundo, y la fuerza de resistencia del capitalismo reside en la solidaridad y apoyo de la fuerza bruta que la autoridad le presta. Los anarquistas, convencidos de esta verdad experimental, comprobada por la diaria historia de los hechos, sosteníamos y seguimos sosteniendo, que atacar, quebrantar, derribar el principio de autoridad, era vencer por siempre al capitalismo dominante y criminal. El error de socialistas dogmáticos, y aun de sindicalistas revolucionarios, consistía en creer que atacando al capitalismo por separado, la mayor parte de las veces con una resistencia pasiva, oponiendo los céntimos de los proletarios a los millones de los burgueses, que la sociedad se vendría abajo. La acción coercitiva de la autoridad, con sus brutalidades represivas y sangrientas, y la consunción de los proletarios acosados por el hambre, sembraban la fección de éstos, y el fracaso, a tiempo más o menos largo, sobrevinía a toda lucha.

Se han invertido los términos del problema, y los proletarios orientan la lucha en este momento crítico de la historia humana, en el sentido expuesto y sistematizado por los anarquistas.

Donde primero se han convencido de las verdades afirmadas por nosotros, ha sido en Rusia. El vasto imperio moscovita, que en 1904 hizo aquella revolución sangrienta, con su memorable jornada del 22 de enero, atacó valientemente al capitalismo representado en los nobles y señores feudales, pero el pueblo ruso cometió el error imperdonable de dejar intacto el principio de autoridad representado por el zar y las oligarquías gobernantes. Ante la viril actitud del pueblo, la autoridad concedió a éste determinadas libertades nominales, de orden político. Pero el pueblo ruso siguió siendo esclavo, y el capitalismo y la autoridad triunfantes y solidarios, siguieron su obra de crueldad y explotación. En 1917, el pueblo ruso, inversamente a como actuara en 1904, principió por atacar el principio de autoridad, en su cabeza más visible, el zar, y al primer triunfo del pueblo sobre la autoridad, las oligarquías gobernantes cayeron aplastadas, las plutocracias del militarismo se hundieron y el capitalismo se desmoronó, porque no tenía base donde sostenerse, ni quien le prestara su fuerza explotadora.

El otro hecho, muy significativo y elocuente que viene a darnos la razón a los anarquistas, entre otros de menor importancia, es la reciente huelga general de agosto último. En efecto: se habían sucedido en España diversos movimientos obreros, de gran importancia por su extensión, entre los que podemos citar la huelga general de ferroviarios del Norte, de julio de 1916, y la nacional de marineros, también en verano de 1916. Ambas huelgas de suma transcendencia e importantísimas por todos conceptos, se desarrollaron dentro de la táctica de atacar solamente al capitalismo con la resistencia pasiva, dejando el principio de autoridad incólume. A ninguno de esos dos movimientos faltó el apoyo solidario del proletariado español, en la medida que éste le fué posible prestarlo. Pero ambos movimientos fracasaron porque en ellos existió, por parte del proletariado, el vicio que siempre hemos señalado los anarquistas. En cambio, viene el hermoso movimiento de agosto, y desde el primer momento se observa que el proletariado dirige su acción al corazón y al cerebro de la sociedad, al principio de autoridad, y el resultado, a pesar de la derrota material del intento, ya lo hemos visto. El régimen oscila, las instituciones crujen, el capitalismo se repliega acobardado, y tienen que ampararse en la traición de los elementos políticos que engañaron al pueblo, para salir del naufragio, dándose el caso, para ellos vergonzoso, de que tengan que mediatizar el poder con esa híbrida amalgama de elementos políticos que constituyen la Asamblea de parlamentarios.

Es, pues, indudable, que la verdadera acción proletaria, francamente revolucionaria, atacando la sociedad burguesa en su base, ha cuarteado los cimientos de ésta, y el edificio de la autoridad y el capitalismo amenaza desplomarse. El comunismo anarquista triunfa, y la acción de combate señalada por los anarquistas, se impone ahora más que nunca.

Que el pueblo obrero en su recio alabonear en las bronceadas puertas de la social justicia, continúe su acción revolucionaria contra el principio de autoridad, y la sociedad burguesa vendrá a tierra en plazo breve.

Cárcel de Barcelona.

NIMIO AMARE

Lerroux opina...

Como cualquier político ministrable empujado por una manada de lobos hambrientos de presupuesto, Lerroux opina...

Tenemos a la vista las declaraciones que hizo a un redactor de *El Mundo*, y las que se dejó arrancar por el periodista Gómez Hidalgo insertas en *El Día*, ambos periódicos de Madrid.

Vamos a ver si conseguimos nosotros demostrar que Lerroux es:

1.º Poco hábil

Dice:

Así mi actuación inmediata se polarizó en el sentido de instruir convenientemente a mis amigos para que impidiesen que el movimiento degenerase en anárquico. Los republicanos de Barcelona, pues, siempre vigilantes, lograron que la acción proletaria no se desencauzase. Si en agosto de 1917 no adquirieron los sucesos los caracteres que revistieron los de julio de 1909, a los republicanos hay que atribuirlo... (*El Mundo*).

Nos parece evidéntísimo que con estas palabras Lerroux fatiga la cara de sus correligionarios de 1909, pues si entonces *no se les contuvo* y hubo incendios, saqueos y demás violencias, y ahora conteniéndolos y dejando solos a los anarquistas y sindicalistas en la calle no ha habido incendios ni saqueos, es claro que la luz meridiana que los radicales de 1909 fueron quienes «degeneraron» anárquicamente. El temido «desorden anárquico» está, pues, en el seno del partido radical... cuando a Lerroux así le conviene, o no hay lógica en el pensamiento lerrouxiano.

Para sincerarse Lerroux a los ojos de la monarquía, no titubea en escupir al rostro de su mesnada el calificativo que quería hacer recaer despreciativa y únicamente sobre el rostro de los anarquistas. Queriendo sentar ahora plaza de hombre de orden, se hace un lío en su cerebro, lava de toda culpa a los ácratas y pone el *inri* sobre los suyos. Pues, amén, y que se les entienda ahora con los «suyos», quienes, por lo visto, siguiendo el raciocinio lerrouxiano, lo mismo sirven para un fregado ordenado que para un barrido desordenado. No son, por lo visto, hombres de ideas que sepan ir solos y a donde van, sino maniques en manos del jefe.

2.º Cínico

Dijo también:

Tengo acreditado en mi larga vida que no soy de los que procuran traducir la actuación de los obreros en provecho político... (*El Mundo*).

Y dice esto un hombre que se ha pasado la vida mendigando los votos obreros y socializándoles los cuartos, *subiendo políticamente* gracias a estos votos, aprovechando todas las desgracias proletarias —recuérdese la campaña pro presos Montjuich que sentó los primeros jalones de su

popularidad— para salir de su oscuridad y encaramarse, fingiendo hasta sentimientos e ideas anarquistas para conseguirlo... Se necesita el tupé de un desahogado que ha olvidado lo de la *mina Matilde*, sus halagos a los anarquistas antes de formarse un partido y sus odios a los obreros no políticos cuando creyó que podían estorbarle sus planes. Se necesita todo el valor de un fresco para decir:

... cuando las masas trabajadoras acudieron a mí, encontraron siempre mi apoyo y el de mi partido... (*El Mundo*).

y no recordar la huelga que tuvieron que sostener los cajistas que trabajaban en la imprenta en que se hacía *El Progreso*, años atrás, para librarse de la explotación de que eran objeto. ¿No recuerdan los sindicalistas que siguen a Lerroux y los que sin seguir al tal creyeron que iba a desencadenar la revolución, no recuerdan, repetimos, la furiosa campaña de *El Progreso* contra Solidaridad Obrera con motivo de dicha huelga sostenida por el Arte de Imprimir, campaña encaminada a desbaratar y a matar, si hubiese sido posible, este sindicalismo autónomo que pretende emanciparse de la directiva de los partidos políticos?

Pero no debía estar muy seguro de que fuese verdad tanto desinterés de la antedicha afirmación, cuando pocas líneas después agrega que:

... sería pueril negar que al incorporarse mis amigos al movimiento no lo hicieron con el propósito de impulsarlo en el sentido de la realización de nuestros ideales. (*El Mundo*).

Pero sigamos:

La huelga de agosto fué un movimiento puramente económico. (*El Mundo*).

¿Qué pito, pues, tocaba Lerroux y quien le metía a estorbar «instruyendo» a los suyos para «impulsarlo» en sentido político si «tan acreditado tiene que no es de los que procuran traducir la actuación obrera en provecho político?»

Se necesita desparrajo para contradecirse tan cínicamente.

3.º Calumniador

Construyamos una vez más que «habían sobre el país unánime en la condenación del estado presente, fuerzas encubiertas con el designio de dirigir en determinado sentido la protesta de los obreros. Yo no me atreveré a concretar de donde procedía la impulsión, pero que existió es innegable. De una parte se fomentaba la exaltación, especialmente por anarquistas reconocidos como germanófilos; de otra se adivinaba el deseo, sin que yo pueda concretar quien lo alimentaba, de que se produjeran actos de violencia. Lo cierto es que se los provocaba acaso para hacer abortar, antes de que llegase a una organización perfecta, el anhelo de renovación que ha presidido en todas las conciencias. (*El Mundo*).

Lerroux raciocina del siguiente modo: yo soy aliadófilo, mi partido es aliadófilo, los anarquistas barceloneses no

EL ENEMIGO



¡A ellos, mi querido y fiel servidor, que para eso te doy de comer!